

nían en la balanza sus ya conocidas espadas (1). »

Se ha visto que en la hacienda de Zoquiápam, Maximiliano, resuelto á abdicar en la misma hacienda, contestaba á las observaciones que se le hacían, invariable y secamente : « No quiero que por mi causa se derrame más sangre ». Cuando Márquez y Miramón le ofrecieron sus espadas, que no podían servirle más que para derramar mucha sangre, entonces convino en que por su causa se derramara toda la sangre que fuera necesaria para conservar el trono.

El argumento de Miramón nos lo hace conocer Zamacois y no podía ser otro; era brillante, seductor é irreprochable para un espíritu infestado de ambición. Miramón decía : « Cuando triunfó en la capital el plan de Tacubaya, no disponíamos más que de la ciudad de México y de seis mil hombres; el resto de la República pertenecía á los liberales. Con esos seis mil hombres apoyados financieramente por una bancarrota, llegamos á poseer casi todo el país y hubiéramos vencido completamente si el gobierno de los Estados Unidos no hubiera auxiliado en los momentos de agonía á los constitucionalistas. Contando ahora (en Noviembre de 1866) con treinta mil hombres de excelentes tropas, más todas las clases sociales comprometidas en lo

(1) Basch, pág. 67.

que Juárez llama el crimen de traición y poseyendo por de pronto las rentas aduanales de Veracruz y las plazas de Puebla, Orizaba, México, Querétaro, San Luis, Guadalajara, Guanajuato, dudar de nuestro triunfo sería la más insigne de las aberraciones. Además, la reacción es católica, imperialista, odia á los norteamericanos protectores de Juárez y sus demagogos y si no le ha dado, como sabe darlo, todo su apoyo al Imperio ha sido por que éste ingratamente se divorció de ella para ayudar á los franceses á que la tiranizasen. Sin bayonetas extranjeras, sin yugos estranguladores de nuestra independencia y sin las humillaciones que nos imponía Napoleón, el Imperio tiene que ser la gran manifestación nacional que cubrirá de gloria al Emperador Maximiliano ».

El contra argumento debió ser : « El Imperio arrojó contra los liberales **ochenta mil hombres** apoyados por **sesenta millones de pesos** en gastos de guerra, la fuerza moral de la Europa, la abstención de los Estados Unidos y el deseo del país de obtener paz y prosperidad, más la defección en tumulto de la mayoría del ejército liberal y de gran número de sus más notables eminencias. Estas fuerzas formidables operaron cuatro años y no consiguieron la paz. ¿Era posible que el Imperio, cuando no tenía ni erario ni partidarios, ni ejército, ni prestigio, ni la protección de

Napoleón III, dominase fácilmente á sus enemigos? Junto á esos hechos había otros no menos importantes. Desde Enero de 1862 hasta Junio de 1863, Juárez acumuló elementos militares entre Puebla y Veracruz; el resto de la República quedó casi sin fuerzas federales á disposición de las intrigas y del audaz programa de rebelión del partido conservador. Almonte, Saligny, Lorencez y Forey estuvieron invitando, excitando, conspirando y corrompiendo para un levantamiento general y ni un solo Estado cayó en poder del partido intervencionista; ni un puerto, ni una sola plaza se perdió. Miramón murió sin saber que la principal causa de sus éxitos como militar fué que los liberales tuvieran por ejército después del triunfo de Ayutla, en su mayor parte al viejo y corrompido ejército conservador, que fué el que hizo el pronunciamiento que derrocó á Comonfort. Después de la batalla de Salamanca, donde acabaron las fuerzas regulares de Juárez, la lucha continuó con abogados, comerciantes, tintoreros, médicos, como generales y jefes improvisados, como lo fueron Degollado, Ogazón, Zaragoza, González Ortega, Herrera y Cairo y otros distinguidos caudillos. Estos generales reformistas, para luchar, mal organizaban chusmas, las que tenían que ser derrotadas por tropas más disciplinadas y dirigidas por hombres expertos en la materia.

El primer período de la lucha entre el viejo

ejército y las nuevas chusmas, tenía que ser desastroso para la causa liberal. Degollado no era un *desgraciado* porque lo derrotaban, tenía que sucederle; pero una vez que las chusmas, á fuerza de derrotas, de foguearse, se disciplinaron y sus oficiales prácticamente se instruyeron, lo mismo que sus jefes, la ventaja militar dominante quedó perdida y Miramón y Márquez fueron derrotados.

Vuelvo á decir que si los argumentos de Miramón y Márquez eran erróneos, eran también sinceros; no engañaban con ellos á Maximiliano; lo sedujeron legítima y correctamente, presentándole sus convicciones de triunfo. Es, pues, injusto que algunos escritores hayan presentado á Márquez y Miramón en Orizaba como á un par de intrigantes sin dignidad, explotando la delicada credulidad del Emperador y su *noble confianza*. El general Márquez vino al país llamado por Maximiliano; el general Miramón vino faltando al deber militar, pues desempeñando en Prusia una comisión como militar no podía dejar el punto á donde se le había destinado sin orden expresa del gobierno. El general Miramón vino para hacerse dueño de la situación, porque creyó, como todo el mundo sensato debía creerlo, que Maximiliano abdicaría y se retiraría con los franceses.

El general Almonte no fué leal con Maximiliano.

« Estando ya embarcado á mediados de Abril D. Juan Nepomuceno Almonte y próximo á salir del puerto de Veracruz el vapor en que se hallaba, recibió instrucciones del Emperador en que le decía que si Napoleón se negaba á celebrar el tratado secreto, le dijese que retirase de México su ejército. Esta resolución decisiva de Maximiliano provenía de las nuevas noticias que hasta entonces tenía de la buena marcha que llevaba un arreglo hecho con el Emperador de Austria, respecto á reclutamiento de tropas que quisieran marchar al servicio de México. Había encargado en los últimos meses del año de 1865, al ministro mexicano cerca de la corte de Viena, que entablase negociaciones con ésta á fin de obtener autorización de reclutar diez mil hombres (1). »

Almonte llegó á París y el gobierno francés, sabiendo á lo que iba, lo trató con la frialdad á que es acreedor todo impertinente, pues Francia jamás había dado esperanza de hacer por el trono de Maximiliano más sacrificios que los consignados en el convenio de Miramar. Habiendo llegado Almonte á París con misión urgente el 14 de Mayo de 1866, no había recibido hasta el 8 de Junio contestación á su apremiante carta, ni había sido recibido por el Emperador. El mismo día 8 de

(1) Zamacois, tomo XVIII, pág. 399.

Junio, suplicó al ministro Drouyn de Lhuys que le contestase y éste respondió tres días después « que no se aceptaban absolutamente las proposiciones de Maximiliano y que ya había informado á Mr. Danó, Ministro francés en México, de la resolución tomada por el Emperador Napoleón (1). »

Conforme á sus instrucciones, Almonte debió haber respondido á Napoleón que retirase de México inmediatamente sus tropas; pero en vez de hacerlo así, como se le había ordenado, escribió á Maximiliano: « Mi primera idea fué cumplir al pie de la letra con las órdenes é instrucciones; pedir inmediatamente la salida del territorio mexicano de todas las fuerzas francesas, si no se arreglaba en todo ó en parte el tratado presentado por mí; pero reflexionando que, según su nota, no se niega terminantemente á tratar M. Drouyn de Lhuys, sino que, al contrario, desea que las negociaciones se verifiquen en México y no aquí, he creído conveniente suspender por el momento ese paso y esperar nuevas instrucciones de Vucencia (2) ». No era cierto que la nota de M. Drouyn de Lhuys diese esperanza, pues textualmente dice que es *absolutamente imposible* tomarlas siquiera en consi-

(1) Zamacois, tomo XVIII, págs. 468 y 469.

(2) General Almonte al Ministro de Relaciones en México Junio 14 de 1866

deración. No obstante la parcialidad de Zamacois por los conservadores, se fija en el engaño de Almonte, y dice claramente: « El despacho de M. Drouyn de Lhuys (dirigido á Almonte) no estaba de acuerdo con lo que aquél aseguraba en la segunda parte del párrafo. » Almonte comprendió que si cumplía con las instrucciones de su gobierno, desde ese momento acababa el Imperio y el partido que lo había consentido y aclamado. Almonte tenía otras miras, creía evidente que al retirarse las tropas francesas, Maximiliano abdicaría y su deseo era que Napoleón III dejara la situación al general Miramón. Esta nueva intriga de Almonte, prueba deslealtad, pues mientras fuera representante de Maximiliano en París no podía tratar, sin el consentimiento de su soberano, de la sucesión del trono de México. Hay pruebas concluyentes de estas maniobras de Almonte, desde luego, la llegada á Veracruz del general Miramón sin que lo llamase Maximiliano é incurriendo en la responsabilidad militar de deserción.

D. Matías Romero escribía á Juárez: « En el curso de la conversación me dijo Mr. Mac Lane que estando en Septiembre de 1866 en París, tuvo una importante entrevista con M. de Persigny, en la que se habló sobre los asuntos de México. M. de Persigny le dijo que Almonte había propuesto que el gobierno francés aceptara la abdicación de

Maximiliano y dejara ir á la República á D. Miguel Miramón para que organizara un gobierno provisional con quien los franceses se entendieran al salir de México; que M. de Persigny no estaba muy satisfecho con este plan y le pareció preferible que dicho gobierno provisional fuera organizado por D. Jesús González Ortega (1). » Basch da gran importancia á la junta de Orizaba formada por los consejos de ministros y de Estado. Hace una pintura fiel y expresiva de los moderados, fieles á la bandera de su egoísmo, y afirma que todos los que votaron por la no abdicación se portaron sin honradez y de los veintitrés asistentes sólo dos estuvieron por la abdicación inmediata. Yo no creo que la junta de Orizaba celebrada el 20, haya tenido influencia en la decisión de Maximiliano. El Archiduque conocía la opinión de la junta contraria á la abdicación, antes que ésta hubiera deliberado y votado. Lacunza, jefe de los consejeros moderados, le había hablado con calor, tenacidad y elocuencia para que no abdicara y esto nos lo cuenta el mismo Basch, quien tampoco cesa de hablar contra los conservadores por sus intrigas para hacer rodar la abdicación. Apelar á una junta formada por hombres que demasiado han externado sus opiniones y que demasiado habían

(1) *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo VIII, pág. 747.

suplicado y argumentado para que Maximiliano no abdicara, no podía tener más objeto que hacer á la nación una nueva farsa. Pero si esto no fuera suficiente para probar que Maximiliano solo convocó la junta para que confirmase sus más indomables deseos, basta leer el autógrafo del Emperador dirigido á la junta y copiado por Basch, para convencerse de que el Archiduque representaba una vulgar y gastada comedia.

En dicho autógrafo, Maximiliano dice : « que está resuelto á abdicar; pero que si la nación le exige nuevos sacrificios sobre los muy grandes que ha hecho por ella, se quedará. » Es tan viejo en el mundo como la ambición política el artificio de Maximiliano. Cuando un gobernante dice : quiero dejar el poder, pero si la nación me exige nuevos sacrificios, continuaré sacrificándome, debe entenderse : no tengo el menor deseo de dejar el poder y los interesados en que no lo deje deben tomar, aun cuando sea ridículamente, el nombre de la nación para que ésta me ruegue que no la abandone. Esta copla ha sido recitada en todos los siglos, en todos los planetas, en todas las naciones, por todos los ambiciosos y ha servido para millones de chistes en sainetes, zarzuelas, y periódicos bufos. Maximiliano, desde el momento en que dijo que estaba dispuesto á continuar sacrificándose, habló claro y sólo el Dr. Basch no entendió que el Archiduque quería á

todo trance que la nación abstracta de los ambiciosos no lo dejara partir.

Hay otra prueba de la comedia que representaba Maximiliano en Orizaba. Basch, á causa de sus emociones, no puede leer lo que él mismo escribe. Nos cuenta que el Emperador puso sus condiciones para quedarse y que, siendo éstas imposibles, los conservadores obraron sin honradez al aceptarlas. Desde luego hay que observar que si Maximiliano conocía que las condiciones para quedarse eran imposibles, ¿para qué las proponía? Es jugar como niños decir : me quedo de Emperador si me ponen sobre la mesa todas las estrellas. Si Maximiliano ignoraba que las condiciones que imponía no eran imposibles hay que convenir que había perdido completamente la razón, y un soberano loco no puede reinar. Las condiciones imposibles eran :

1^a Convocación de una asamblea nacional, cuando el país en su mayor parte no estaba ya bajo la jurisdicción imperial;

2^a Arreglo inmediato y satisfactorio de la hacienda pública;

3^a Reconocimiento del Imperio por los Estados Unidos.

Ciertamente que las condiciones eran imposibles; pero, aun cuando lo diga Basch, es falso que Maximiliano había puesto semejantes condiciones para no abdicar.

El autógrafo del Emperador Maximiliano copiado por Basch dice : « Si nuestro Ministerio y nuestro Consejo de Estado se hallan en aptitud de **proponer los medios para llegar á una solución segura y práctica**, entonces continuaremos perseverando con franca y buena voluntad en la obra de la regeneración de México ».

Maximiliano no ponía por condición que le ministrasen recursos, que la asamblea nacional se reuniese, que los Estados Unidos lo reconocieran; pedía sólo que le *propusieran medios* para llegar á la solución de las dificultades, y no es lo mismo que una persona diga : me quedo en México si me dan un millón de pesos, que expresar : me quedo en Mexico si me **proponen medios** para hacerme de un millón de pesos.

Mas aun cuando las condiciones hubieran sido posibles por su naturaleza, ninguna de ellas podía tener una realización inmediata; pero como Maximiliano lo que pedía era *que le propusieran medios*, esto podía hacerse desde luego; pero ni él lo exigió, ni los conservadores lo hicieron, probando con ello suficiente perfidia, en ningún caso engaño, porque Maximiliano sabía bien que no había *medios seguros y prácticos para alcanzar lo que deseaba*.

Los conservadores no lo engañaron, porque no era posible engañarlo. Don Luis Arroyo, el enviado

de Maximiliano á los Estados Unidos, trató de engañar á su gobierno, porque jamás el gobierno de los Estados Unidos le dió la más ligera esperanza de reconocer al Imperio en México; ni siquiera quiso escucharlo, ni que le fuera presentado aun como simple caballero; y sin embargo, Arroyo en su correspondencia siempre ocultó á Maximiliano la verdad. El General Almonte tuvo noticia de la inflexible nota siguiente de Mr. Seward á Mr. Drouyn de Lhuys, porque el General Schofield en lo privado y en París, le dió una copia de ella. « La verdadera razón del descontento de los Estados Unidos consiste en que el ejército francés al invadir á México, ataca á un gobierno republicano, *profundamente simpático á los Estados Unidos*, y elegido por la nación, para reemplazarlo por una monarquía, que, mientras exista, será considerada como una amenaza hacia nuestras propias instituciones republicanas (1). »

Aun cuando los diplomáticos Almonte y Arroyo no hayan dicho á Maximiliano lo que nadie ignoraba en el mundo y era que los norteamericanos habían declarado que jamás lo reconocerían, procedieron con perfidia. Pero Maximiliano no podía ser engañado, porque el ministro mexicano en Viena y otros funcionarios de la Corte de Viena, le parti-

(1) Nota de 6 de Abril de 1866.

ciparon la decidida y formal oposición del gobierno de los Estados Unidos para que autorizase el enganche y la salida de voluntarios con objeto de sostener á Maximiliano en México. El decreto del Presidente de los Estados Unidos no reconociendo el bloqueo ni la clausura del puerto de Matamoros ordenada por Maximiliano, tratándolo de príncipe *que pretende ser Emperador* de México, no podía dejar duda al Archiduque sobre la resuelta actitud de los Estados Unidos, no sólo para no reconocerlo, sino para hostilizarlo de la manera que les fuera posible hasta obtener su caída. Pero Maximiliano, en el asunto de no soltar el poder, era tan obstinado como Juárez.

Basch nos dice « lo disgustado que estaba Maximiliano con el Ministerio conservador, cuyos representantes en justicia no podían serle simpáticos (1) ». Pero si no le eran simpáticos ¿por qué no los despedía, puesto que era soberano absoluto? Ya lo dije, le eran antipáticos porque ante ellos no se sentía *absoluto*, comenzaba á recibir el yugo de un partido, como el clerical, muy bien disciplinado, exigente, diplomático, untuoso, pero inflexible en sus tendencias, implacable en su autoridad, frío en sus cóleras, risueño en sus perfidias, inmensurable en sus pretensiones. Para tal partido,

(1) Basch, pág.

Maximiliano era un *muñeco rabioso y perfumado*, cuya volubilidad tenía que desaparecer dentro de la mano de fierro de un viejo tirano del mundo tradicionalista : el clero.

El partido conservador conocía la deslealtad del Archiduque, tan bien descrita por Arrangóiz y Don José Hidalgo. Maximiliano estableció y sostuvo por mucho tiempo una *agencia de difamación en París*, contra los conservadores mexicanos; agencia muy bien dirigida por el abate Domenech. Zamacois refiriéndose á esta *oficina* de dicterios, dice : « No era ciertamente muy digna de un sacerdote la misión de hacer publicar todo lo que se le enviase en elogio de Maximiliano, *aun cuando fuese á costa de la honra de los que se separaban de su servicio, por causas que juzgaban justas* (1).

« El objeto de Maximiliano al observar esa conducta (difamar y calumniar) era desprestigiar á los que dejaban su servicio por no estar conformes con su política (2). »

El profesor Church en su opúsculo sobre la cuestión de México, publicado en Filadelfia en 1867, censuraba con alguna severidad la *agencia difamatoria* de Maximiliano dirigida en París por el abate Domenech. « Parece imposible, dice Church, que un príncipe culto, un príncipe europeo mo-

(1) Zamacois, tomo XVIII, pág. 397.

(2) Zamacois, tomo XVIII, pág. 396.

derno que pretende cumplir una misión civilizadora en la población latina de América, haya descendido hasta absorber uno de los vicios más repugnantes de los gobiernos de aquellas miserables y abyectas razas. En Europa, el decoro del soberano le prohíbe mandar insultar á los que son ó toma por enemigos; en Asia, los príncipes son misteriosos y feroces, oprimen y desgarran con la fuerza; pero no los mancha el oprobio de ser los que distribuyen la ignominia á su pueblo. En los Estados Unidos, nadie se imagina á un presidente ordenando que se difame á los ciudadanos como ley de gobierno. El príncipe Maximiliano en poco tiempo se dejó arrastrar por la barbarie característica del sistema cacical que desprestigia á las más infelices naciones latinas de nuestro continente (1). »

(1) Church, pág. 29.

CAPÍTULO V.

EL GOLPE DE ESTADO DE JUÁREZ.

El Congreso concedió al Presidente federal Don Benito Juárez facultades omnímodas, sin más limitación que conservar las leyes de Reforma, la independencia nacional y la forma de gobierno constitucional. Esta autorización contiene un absurdo de primera magnitud y para ponerlo en evidencia, voy á separar las delimitaciones de conservación de la independencia y leyes de Reforma, ajenas á la cuestión.

Las facultades extraordinarias concedidas á Juárez se reducían, haciendo la separación que acabo de indicar, á esto : Se conceden al Ejecutivo facultades omnímodas, sin más límite que conservar la forma de gobierno constitucional.

Conforme á la forma de gobierno constitucional que Juárez quedaba obligado á conservar, el Presidente federal tiene un número limitadísimo de facultades. Substituyendo esta afirmación en el texto de la autorización de facultades extraordina-